

Leibi Ng

Secreto de Monte



**Cuentos juveniles
sobre ciguapas.**

Ilustraciones: Manuel Emilio González

Editor: Manuel Pérez Herrera

Indice

Las Ciguapas de Leibi Ng 3

Cuentos

Los pies, la leyenda y el oficio.....	5
El Sueño de Mecho	7
El Excursionista	9
El Extraño del Cafetal	14
La Ciguapa Caída	16
De cómo a las Ciguapas se les voltearon los pies ..	19
La Leyenda del Sol y la Noche	22
La Trenza Misteriosa	27

Las Ciguapas de Leibi Ng

Leibi Ng ha dirigido mucha de su pasión de narradora a iluminar para el deleite de las y los jóvenes del país, la leyenda de ese fabuloso personaje de nuestras tradiciones, la bella y arisca ciguapa montaraz, oriunda de los bosques de las montañas quisqueyanas.

Los cuentos van, desde una niña que ha oído los relatos míticos y que, por tener sangre de ciguapa ama la libertad y sueña con sus ancestros (El Sueño de Mecho), pasando por un joven estudiante que tiene una aventura que a nadie puede revelar (El Excursionista), por la vivencia de unos campesinos con un raro ser (El Extraño del Cafetal), por la historia de una madre y su hija que encuentran una ciguapa accidentada y las cosas que sucedieron con ella (La Ciguapa Caída) hasta culminar con una explicación sobre el misterio ciguapil con «De Cómo a las Ciguapas se le Voltearon los Pies».

Estos relatos de Leibi, como otros más suyos, revelan a una escritora sensible, abierta a emociones intensas que desea comunicar con plasticidad lírica y que más de las veces, logra.

Esta preocupación suya por el enigmático personaje, el más emblemático de cuantos componen el corpus tradicional criollo, es legítima, de buena ley; el gran problema para abordar un tema así, es el lenguaje y ella, como la mayoría de los que lo hemos tratado, recurre al habla normal, sin criollismos ni localismos exagerados.

En mis investigaciones de campo sobre la ciguapa, antes y después del 1975, luego de publicada la novela de las ciguapas «Goeíza» en 1981, principalmente en la zona de la península de Samaná, oí de ciguapas crueles, de gentes que le temía..., incluso, Joaquin Balaguer en «Los Carpinteros» que es de 1985, las confunde con las brujas; hubo otro (que tengo en grabación) que dijo que ellas habitaban en nidos en la copa de los árboles a la vera de los ríos; empero, mi experiencia y el resumen de todas las entrevistas y cuentos, escritos u orales, es de que son tímidas y gentiles, cariñosas y deseosas de

cariño.

En cuanto al afán sexual, que es una connotación antigua, parece tener como base la perpetuación de la especie; no podríamos por ello tildarlas de «livianas».

La creencia común es de que «no se trata de seres humanos normales» sino, como dicen los campesinos, se trata de una «pájara» buena para el amor, pero que después persiguen al padre y como se trata de una especie de animal salvaje, temen que se les aparezca en los poblados y sienten vergüenza.

Leibi aprecia, quizás por empatía, el lado cariñoso de las ciguapas y desde esa perspectiva las recrea, de modo que la gentil ciguapa se viste de gala en sus textos.

Sólo falta que el pueblo entero la enarbole como lo que es, una bandera inocente y pura de dominicanidad.

Manuel Mora Serrano

Los pies, la leyenda y el oficio

CUANDO BRUNILDA CONTRERAS, entró al CIRCULO DOMINICANO DE ESCRITORES PARA NIÑOS Y JOVENES, sugirió que escribiéramos sobre la ciguapa como una tarea colectiva. Ella llegó armada con un suplemento cultural del periódico El Siglo. Me refiero al COLOQUIO #30, del 28 de octubre de 1989, titulado «La Ciguapa: Mito y Literatura». Como subtítulo llevaba: «Coloquio con Mora Serrano». Este «instrumento» de trabajo tenía ilustraciones de la reconocida grabadista argentina Graciela Azcárate y el diseño de nuestra Lorelay Carrón. En él se recopilaban algunos escritos de autores de renombre como el Dr. Marcio Veloz Maggiolo, Juan Bosch, Joaquín Balaguer, Cayo Claudio Espinal, y otros. Coloquio estaba dirigido por el Dr. Bruno Rosario Candelier, quien dio mucho aliento a este proyecto, igual que el Dr. Oscar Holguín Veras-Tabar, quien tuvo la responsabilidad de motivarnos con gran iniciativa.

¿Por qué legimos la ciguapa como tema? Porque la reconocimos como la auténtica leyenda dominicana. Algo digno de ser difundido y asumimos el mandato del Dr. Manuel Mora Serrano de quererla y difundir su existencia con disciplina. A partir de este momento (1993) cada integrante del grupo empezó a trabajar el tema con visión personal. Al cabo de cierto tiempo, cada quien debía entregar un cuento con la ciguapa como protagonista.

En honor a la verdad, no es que yo alucinara con la ciguapa. Simplemente, mientras todos los miembros del círculo entregaban su cuento, a su ritmo y a voluntad, yo seguía escribiendo buscando uno que me quedara mejor que el otro. Esa es la única razón por la que tengo siete cuentos donde esta misteriosa habitante de nuestros bosques se reitera. Sin embargo, es muy cierto que adoro el misterio de su origen. Me enternece su soledad y la grandeza compasiva de morir anegada en lágrimas por una sensibilidad tan, pero tan femenina, que me obliga a pensar en el siglo que vendrá y la aceptación de cualida-

des contradictorias pero propias en cada ser. De ahí que termine entendiendo a la ciguapa como una presencia dialéctica donde las cualidades contrarias se complementan (Yin y Yan). Esos pies, que simbolizan la tierra, el asentamiento y la firmeza, al ser diferentes a los nuestros, nos llevan hacia el misterio, la magia y la imaginación poética. La cabellera inmensa es el desbordamiento mental en su infinita capacidad de asociación y de aprendizaje. La desnudez es la inocencia absoluta en armonía con la naturaleza.

Creo como el Dr. Mora Serrano, que las ciguapas existen... aunque más no sea que en el alma de quienes pensamos en ellas. Asumo como él, que «son buenas, ingenuas y amistosas». (Goeíza, p. 123).

Las ciguapas viven en el corazón del campesino dominicano aunque el progreso las extinga en la tala de árboles y la civilización las arrincone con sus pies volteados en el último monte de nuestras tradiciones.

El Sueño de Mecho

MECHO apoyó la carita en la mano y dejó la mirada perderse allá en el fondo del patio. La brisa movía las ramas de los árboles altos. La hierba seca subía en remolinos. Mariposas jugaban revoloteando, ya posándose sobre las flores, ya elevándose traviesas.

Los pensamientos de Mecho iban lejos, estaban en una cueva de los montes. Mirándole la expresión, casi nadie podría adivinar que el deseo secreto era convertirse en ciguapa. Para ello se valía de todas las imágenes que su abuela Gisela le había dibujado noche tras noche, mientras la mecía para dormirla.

A veces, estaba tan metida en su mundo, que descuidaba sus oficios. Se le olvidaba la tarea o remoloneaba cuando la enviaban a recoger la ropa tendida. Pensaba que en el mundo de las ciguapas nadie iba a la escuela ni lavaba. ¿Qué ropa iban a lavar, si andaban desnudas? ¿Qué trastes iban a fregar si comían naranjas dulces, guineos maduros y toda clase de frutos de las matas?.

Huérfana de nacimiento, Mecho era una niña inteligente y vivaz. Doña Gisela se hizo cargo de ella comprendiendo que a esa muchachita no le bastarían los tratos comunes con que se atiende a otros niños.

A medida que fue creciendo, la pequeña mostraba una gran curiosidad: todo lo preguntaba. Sin embargo, Gisela era paciente, muy paciente con Mecho contestándole sus preguntas con respeto, razonándole, casi con una extraña devoción. Decía que aquella niña era la viva estampa de su hijo Paulino perdido en la cordillera.

Así llegó Mecho a los nueve años. De tanto escuchar los cuentos de su abuela, se apasionó con las historias de las ciguapas. Aprendió que sus orígenes se tejen en las raíces de la sociedad aborígen. Sabía que tenía la piel india como la de los taínos. Eran de proporcio-

nes armoniosas y delicadas... a pesar de ser criaturas salvajes, la sensibilidad y la hermosura las acompañaban siempre. En lugar de vestidos, su cabellera las cubría como sedoso manto. No podían llevar zapatos, ni sandalias, daban grandes saltos y salían a bañarse en las charcas montanas en rayos de Luna. En fin, se decía Mecho, que las ciguapas eran casi como seres humanos. Su única diferencia era que tenían los pies al revés. Y sin embargo, ni se caían ni se movían con torpeza.

Doña Gisela contaba que las ciguapsa corrían presurosas por los montes y saltaban de rama en rama, con agilidad, lanzando jupidos o gritos de ciguapas. Y eso era lo que le encantaba a la pequeña Mecho: un cuerpo sano y libre jugando por los campos.

Por eso se miraba, en el pensamiento, corriendo por ahí, con la melena suelta, sin que se le enredara entre las ramas, porque en los sueños se vencen todas las dificultades. Sólo las agujas de los pinos la adornaban y acompañaban con todos los perfumes de la cordillera.

Pura e inocente se veía ciguapa, aunque corría el riesgo de morir de pena si alguien a su alrededor se ponía triste. En la realidad, la niña soltaba tremendos suspiros cuando veía enamorados en la televisión.

Mecho se imaginaba durmiendo en un montoncito de hierbas secas, dentro de una cueva. Tan pronto como se acostaba y empezaba a soñar se le volteaban los pies. Una y otra vez tenía el mismo sueño: Llegaba a la puerta de la cocina de doña Gisela gimiendo:

-¡Déme trabajo, señora! ¡Déme trabajo! -Gisela se lo daba y empezaba a barrer la casa sin que los pies la estorbaran.

Y así, mientras Mecho imaginaba que se hacía ciguapa, doña Gisela la miraba con unos ojos llenos de melancolía, húmedos de lágrimas. Sabía muy bien lo que la niña soñaba. Algún día, no sabía cuando, le contaría que su mamá, la que murió por darle la vida, había llegado un día casi a punto punto de dar a luz, con la cabeza baja. Algún día, Mecho sabría que cuando doña Gisela vió aquellos pies volteados lavados por las lágrimas, la ocultó en la casa y la hizo su hija, hasta que murió sonriendo al comprobar que su niñita había nacido con los pies derechos, como su padre.

El Excursionista

Estaba rodeado de sonidos: el golpeteo de los pájaros carpinteros, el murmullo de la cascada, el trinar de las aves... Pero yo sentía un vacío grandísimo. Creo que era la soledad.

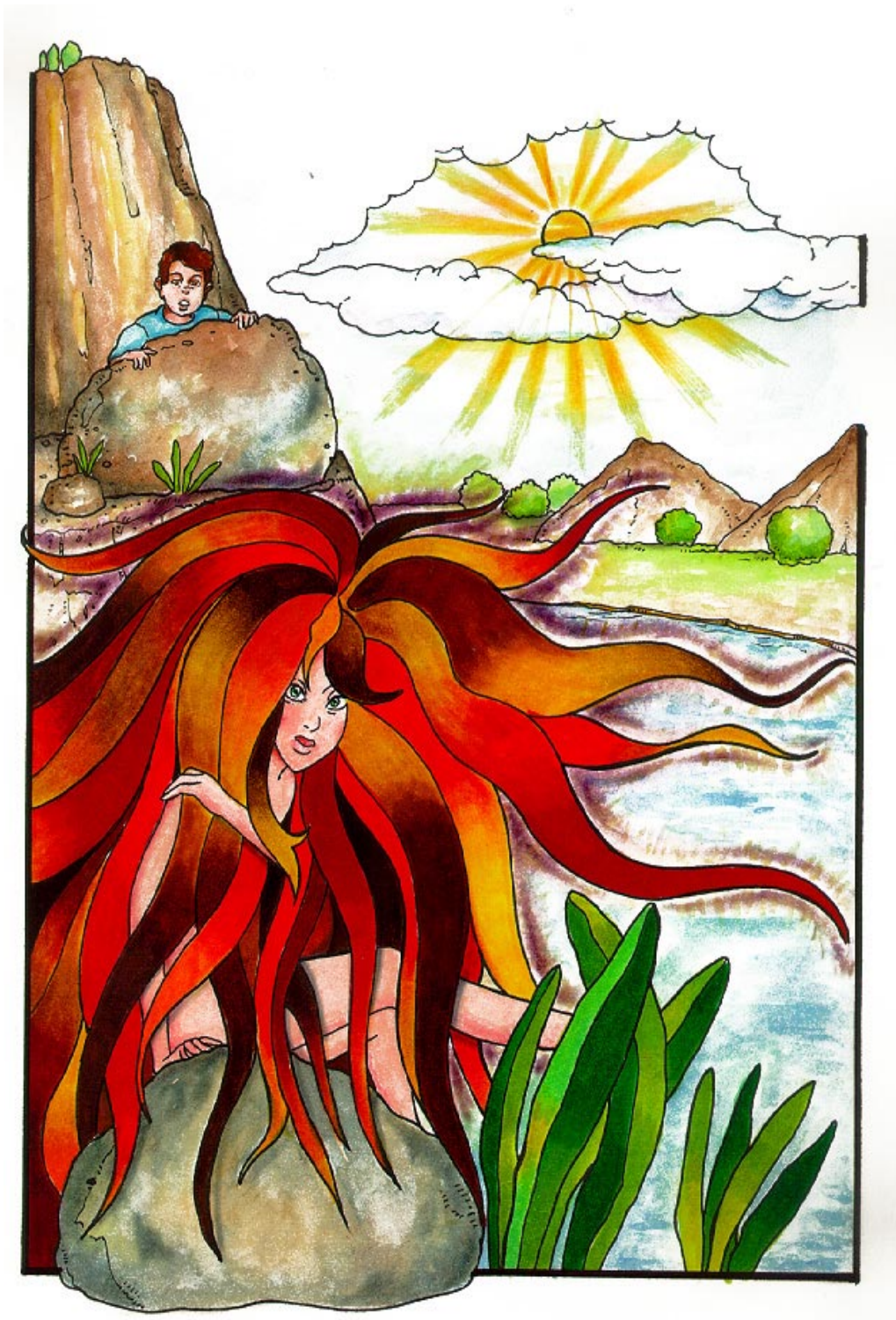
Miré el reloj. Pronto sería de noche. Suspiré. ¡Tan contento que había salido esa madrugada para la excursión!. Durante todo el camino, mis compañeros de clase y yo habíamos cantado y bromeado. Estábamos escalando, concentrados en aferrarnos a los arbustos y matorrales. Vi una colonia de mariquitas, que para mí siempre han sido señal de buena suerte desde que supe que se comían a los pulgones... ¿Cuántas pinticas tendrán? Sin darme cuenta me quedé atrás y cuando vine a reaccionar, el grupo iba lejos. Por más que grité, nadie me escuchó. Tampoco yo escuchaba sus voces ni las pisadas de los mulos y burros. Aunque comencé a sentir un sustico, decidí quedarme allí mismo. Ya se darían cuenta de mi ausencia y se devolverían a buscarme.

Me puse a mirar el agua que bajaba por la montaña. Los reflejos del sol parecían poner alas brillantes en las gotas que chispeaban al chocar con las rocas salientes. Un ruiseñor criollo se puso a cantar cerquita de mí. ¡Ay si yo cantara de esa forma! A mí que me habían sacado del coro porque no pegaba una, aproveché que estaba solito y empecé a entonar: «Gloria in excelsis Deo. Et in terra pax hominibus boaaaa»... ¡Qué va! El aire me faltaba en medio de tanto aire.

En eso descubrí un colibrí. Hacía tiempo que no veía uno tan bonito. Pensar que es el pájaro más chiquito del mundo, el único que da reversa y agita esas alitas como ochenta veces por segundo... Tornasolado, volando hacia arriba, hacia los lados, ¡el helicóptero de los serafines!

Pero alguien me observaba de cerca. Cuando lo descubrí, me quedé paralizado. Allí delante de mí había una mujer de pelo largo,

negro, brillante... Los ojos más grandes y oscuros que he visto. No sé por qué pensé en las bailarinas de Oriente que se cubren el rostro para mirarlo todo con ojos de encantamiento. Pero aquellos ojos eran como



los de un animal leal que se comunica sin hablar.

¿Estaba frente a un hada? ¿Un ser mágico? Resplandecía de tan blanca y su piel lustrosa como de agua limpia, tenía reflejos de misterio. No se movía y yo no me atrevía ni a respirar. Finalmente hablé:

-¿Cómo te llamas? -dije tratando de ocultar mi miedo.

Ella, sobresaltada, me dio la espalda y escapó de un salto. Me quedé tranquilo y creo que eso fue lo que la hizo volver.

Se acercó lentamente. Primero me tocó los cabellos. Yo traté de sonreír, pero estaba rígido, fascinado con el resplandor de su piel. La veía tersa y me repetía una y otra vez: «Estoy soñando». Sentí sus manos largas, casi doradas, reflejando el sol que descendía por sus uñas largas. Volví a preguntar:

-¿Có-Cómo te llamas? -ella abrió la boca para emitir un extraño sonido y vi sus dientes parejos, perfectos. Pensé de nuevo que esa mujer no podía ser de verdad. Yo estaba soñando.

Se oyó un ruido, ella se puso alerta. Se fue alejando sin darme la espalda y yo seguí con los ojos fijos en su cara. Pero cuando pude mirarla por completo noté algo extraño ¡no tenía pies! ¡Un momento! Tenía, pero al revés. Doblados por el calcañal, los talones adelante y los dedos hacia la espalda. ¡Sus huellas estaban marcadas! Aunque se alejaba, parecía que venían hacia mí. Sólo entonces recordé algo que comentó mi abuelo: La ciguapa es una criatura de nuestros campos. Dicen que existen desde los tiempos de los indios, ¿o fue cuándo los negros cimarrones? Bueno, lo importante es que yo la estaba viendo.

¿Quién me iba a creer que la ciguapa que roba sal y sufre la pena de los enamorados hasta ahogarse en su propio llanto, me había tocado?

Cuando traté de alcanzarla ella dio un tremendo salto alcanzando una rama altísima. La cabellera flotando entre las hojas verdes fue un trozo de noche en el atardecer. El alarido o jupido que echó estremeció todo el monte y me dejó alelado.

Ahí fue cuando llegó el padre Javier. Tal y como yo pensé, al notar mi ausencia, se devolvieron a buscarme tramo por tramo. ¡Gracias a Dios!

* * *

Ya de regreso en nuestras casas, algo quedó claro. El Padre Javier me aseguró que yo estaba profundamente dormido y que cuando me despertó, tiré un grito. Por precaución, no le conté a nadie mi experiencia, no fueran a llamarme loco. Sé que no fue mi imaginación. Ella me tocó. Ahora sueño bien despierto con mi ciguapa y rezo bajito para que nunca la vean y mucho menos la atrapen.



El Extraño del Cafetal

-¡Nena, regresa, que ya es de noche! -llamó Betania a su hija. El montoncito de palabras del grito cayó en el patio, llegando hasta el rincón del cafetal donde estaba la niña. Allí donde los cocuyos, las ranas y los grillos iniciaban su canto.

La muchacha estaba sentada en el suelo. Abrazaba sus piernas, escondiendo la cara. Se sentía triste y abandonada.

Los padres de Nena casi nunca le pegaban, pero aquella tarde, llegó doña Isabel de visita y preguntó por Marina, su hermana mayor. Antes de que Betania contestara, Nena dijo:

-Marina tá' trabajando en la capitai', poique a mi papá lo botán' dei trabajo...

-¡Nena! -Betania pidió permiso y se llevó a Nena por un bracito para su cuarto.

-¡Me espera ahí, sin moverse! -y cuando volvió, después de que la visita se fuera, Betania le dió a Nena dos correazos, al tiempo que le decía que no fue a ella que le preguntaron, que no se metiera en conversaciones de gente grande.

A Nena no le dolían realmente los correazos. Lo que no podía entender es que le dieran y luego la obligaran a guardar silencio. Por eso había terminado sola en el cafetal.

Levantó la cara para ver la luna llena.

-Tú no tiene' lu' propia., -le dijo. -Tiene' que cogerla pre'tá del sol...

Un cocuyo se le posó en la rodilla y Nena le preguntó:

-¿También tú tiene' que cogé' lu' pre'tá'? Intentó atraparlo y se le escapó. Se puso de pie y el cocuyo desapareció. Entonces Nena se dio cuenta que el coro de grillos y el croar de las ranas no se oía.

Se pegó de un cafeto, mirando hacia el frente, pensando que por ahí entraría su papá o tal vez su mamá. Pero una mano fría le agarró el

hombro y se le escapó un grito.

Asustada, vio al que la había tocado. Era un extraño de piel bronceada. Tenía los cabellos lacios como un indio, largos y enredados. Fuerte, no muy alto... Nena se fijó en los pies. ¡Los tenía diferentes! Como si se los hubieran cortado, pero no, estaban volteados por los tobillos.

Rápidamente, Nena cogió una rama de café y lo amenazó. Este lanzó un grito y se fue dando grandes saltos.

La niña corrió hacia su casa. Entrando en la cocina, oyó a su hermano que decía:

-Yo no vuá a bu'caila, Taita. Déjela, a vei' si le sale ei ciguapo dei cafetal igualito que me pasó a mi.

La Ciguapa Caída*

Allá en la Cumbre, el frío se pegaba como una segunda piel de aves, piedras, bestias y árboles.

Cuando las cúspides alcanzaron las nubes, ella se precipitó en un torbellino de tierra y ramas.

Habría muerto, de no haber sido por la larguísima cabellera enredada entre las raíces salientes de un inmenso roble a orillas de la carretera.

Sangraba tiñendo de rojo el paisaje, pero la gente pasaba indiferente frente a la moribunda. Hacía tiempo que habían perdido la capacidad de ver a las ciguapas.

El sol iluminaba con tierno afán luchando contra el frío y la neblina, dejó ver a Cristina, una niña que iba a buscar leche para el desayuno. Sólo ella miró al otro lado de la autopista. Sólo ella se fijó en el cuerpo inmóvil.

Cristina sintió una inmensa pena por la ciguapa herida. La reconoció enseguida porque su mamá le había narrado las historias que se cuentan en nuestros campos de sus piés al revés y su melena larguísima. La socorrió.

No tuvo dificultad para cargarla, porque las ciguapas casi no pesan.

Al observar a su hija con la pobre ciguapa desmayada, la mamá de Cristina se alarmó:

-¡Cristina! ¿Qué pasó?

-Yo no sé, mamá. Estaba a orillas de la carretera. ¡Vamos a curarla!

De inmediato la acostaron en la cama de Cristina. Le pusieron una almohada debajo de las rodillas para acomodar los pies volteados. Tenía un tobillo roto.

Lo primero que hicieron fue lavarle las heridas con agua hervida y jabón de cuaba. Entablillaron el tobillo y luego, poco a poco, le desenredaron los cabellos.

Dormida era realmente hermosa. Cristina estuvo a su lado todo el tiempo.

Un día, mientras la curaban, se despertó. Se quejó con un «jupido». Así es como se llaman los sonidos de las ciguapas.

-No tengas miedo. Somos tus amigas. -dijo Cristina, tranquilizándola.

Desde aquel día, la ciguapa se mostraba agradecida hablándoles de su gente y sus costumbres. Cuando las ciguapas se iban a casar, salían en noches de luna a cantar su última velada de independencia. Así fue como se perdió y se lastimó al caerse.

Cristina supo que el canto de las ciguapas hace que los hombres y mujeres que lo escuchan en el silencio del monte queden llenos de amor.

Los días pasaban y la ciguapa ya estaba sana. Empezaron a dar cortos paseos por los alrededores.

Apoyándose en el hombro de la niña, la ciguapa, vestida con un túnico de aliento de niño, daba cortos pasos como polichinela. Las risas de las dos se oían en la cocina, donde la madre enfriaba la leche desafiando el aire al pasar el chorro espumoso repetidas veces de un jarro a otro.

Un día Cristina regresó de la escuela y encontró la figura melancólica de la ciguapa, recortada a la luz del crepúsculo.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué tan triste?

-Es que ya estoy sana y me tengo que marchar...

-¡No te vayas! Te puedes quedar por siempre con nosotras.

-¡Imposible! Mis hermanos y hermanas me llaman sin cesar. Mi futuro esposo me espera. Los escucho buscándome en las noches de luna. Siento el aroma de sus cuerpos en la brisa. Debo regresar.

-Entonces -dijo ansiosa Cristina-, llévame contigo. No puedo pensar en cómo será nuestra vida cuanto te hayas ido.

El rostro de la ciguapa se iluminó. Empezaron a brincar de alegría, mas de repente, como si un rayo de entendimiento las hubiera atravesado, se sentaron, de nuevo mirando el suelo.

-No puedo dejar a mi mamá. Soy lo único que ella tiene. Me envía a la escuela para que estudie y sea alguien. Yo sé que ella anhela que yo me gradúe.

La ciguapa la miró comprensiva. La valiente niña a quien debía la vida, estaba atada por el más poderoso lazo: el del amor de madre.

-¿Crees que a tu mamá le gustaría conocer el reino de las ciguapas?

Cristina sintió su corazón palpitar más rápido. La ciguapa exclamó:

-¿Sabes que viajo dando saltos? -a lo que Cristina asintió y de inmediato fue rodeada por el abrazo de su amiga. Ciguapa brincó tan alto que fue directo a la cima de la montaña. Allí dejó a Cristina, aspirando el más dulce de los aires, mirando el más hermoso paisaje y escuchando la canción del viento. Después, bajó de nuevo y sonrió al ver a la madre de Cristina con una expresión en el rostro que demostraba la dicha y el dolor mezclados, la realidad y la esperanza.

-¿Dónde la llevaste? -preguntó.

-A mi casa. Ahora quiero que vengas conmigo.

La abrazó con cuidado y de nuevo brincó como sólo lo hacen las ciguapas. Juntas se perdieron en el mundo de la magia y el misterio de nuestros montes.

De cómo a las Ciguapas se les voltearon los pies.

Hace muchísimos años, cuando la Cordillera Central no había sido bautizada, vivió un taíno que sufría unos ataques de ira tremendos.

Se llamaba Guahayona, y era tocayo de aquel otro que había secuestrado a todas las madres de la isla, dejando abandonados a los niños. Estos gritaron tanto «toa, toa», que quedaron convertidos en ranas. Pero esa es otra historia y no vamos a contarla.

Nuestro Guahayona era bueno mientras no se ponía iracundo. Cuando esto sucedía hacía cosas tan desagradables como halarle los cabellos a las muchachas, tirarles piedras a los hombres; escupir el cazabe que se secaba en los burenes, cambiar la historia en los areitos... ¡Todo con tal de expresar su rabia y conseguir lo que quería!

El Cacique o jefe de la aldea había castigado a Guahayona tantas veces, que ya no sabía qué hacer con él. El behique o Buitío, quien era como el médico del pueblo, había utilizado todos los remedios contra el mal genio de Guahayona; incluso, el rito de la cohoba y las maracas que con sus sonidos sacan los malos espíritus.

Nada. A Guahayona no le valía nada. Pero un buen día nuestro amigo se puso tan furioso porque no le dieron el mejor pescado, que con un mazo rompió el dúho del Cacique, ¡su asiento real! De inmediato el Cacique lo expulsó de la aldea.

Y fue así como el iracundo Guahayona se vio en medio del bosque, y no precisamente para cazar jutías o curíos. Estaba completamente solo, rodeado de grandes árboles y su mal humor aumentaba. Se puso como un verdadero energúmeno, es decir, la ira se convirtió en su única dueña y señora y las personas rabiosas no razonan, no entienden, no oyen ni ven con los sentidos sanos, por eso, Guahayona iba destrozando matas, pateando arbustos; destruyendo frutos, arrancando de cuajo todo lo que encontraba, destruyendo el verdor, asesi-

nando el monte con su rabia.

Tan rabioso estaba que no se dio cuenta de que alguien lo miraba con asombro y preocupación. Guahayona se topó de pronto con una mujer muy extraña. Tenía la melena sedosa y brillante, larga hasta las rodillas. Con los brazos cruzados, lo miró muy guapa, reclamándole su mala conducta, pero no con palabras sino con un jupido que removió el monte.

El la atacó. Forcejearon sobre las hojas húmedas y ella lo venció porque no quería que siguiera destruyendo el bosque. Entonces ocurrió lo que nadie podía imaginarse: Guahayona se puso a llorar con grandes sollozos. Dando alaridos, se revolcaba en el suelo. Ella, sin poderlo evitar, se puso a llorar también.

Entonces Guahayona la agarró por los tobillos con tanta fuerza, que la pobre mujer tuvo que girar sobre sí misma. Dobló todo el cuerpo, sin poder liberarse los pies, que quedaron volteados para siempre. Asombrado de aquel prodigio, él la soltó espantado.

A partir de entonces, la ciguapa o mujer de los montes, anda con su cuerpo pequeño y armonioso sobre unos pies que la llevan a donde ella quiere ir. Encerrada entre las montañas, cuida los bosques de la gente dañiña y con sus pies volteados, vaga en las noches de luna, brincando de rama en rama como un ave sin nido.

Por su lado, Guahayona, completamente mudo y apacible, quedó alelado, cuando por primera vez pudo escuchar el canto de los pájaros, contempló la blancura de las nubes y el nítido azul del cielo quisqueyano. Olvidó por completo sus rabietas y supo que la naturaleza era parte de sí mismo y empezó a protegerla. Aprendió los secretos de sus amigos, los animales y de sus hermanas, las plantas... y vivió muchos años solo, en lo profundo del bosque, siguiendo el jupido de la ciguapa, buscándola, en silencio para pedirle perdón.



La Leyenda del Sol y la Noche.

Hacía ya muchos años que el Sol besaba a la Montaña. La tocaba con su resplandor de la cúspide a la falda.

Marrón, amarilla o negra en sus extensas laderas, ella siempre respondía dando hijos verdes: árboles florecientes bajo la luz.

El Sol enamorado trajo un día a Arco Iris, abriéndole el espacio infinitamente azul.

Con jirones de nubes hizo un collar muy blanco, que ella movía coqueta alrededor de su garganta de piedra.

Claro y diáfano, el Día duraba para siempre.

En cierta ocasión el Sol se vio obligado a separarse de la Montaña. Fue cuando descubrió, en un acantilado, una caverna cubierta de espesa vegetación. Helechos gigantes, hiedras y enredaderas, formaban una tupida puerta que ni el más valiente rayo podía traspasar.

El Sol se puso frío de preocupación. El que era el centro del universo, no podía permitir que una simple cueva escapara de su luz.

Radiante, esplendoroso, reunió toda la energía de su potente luz.

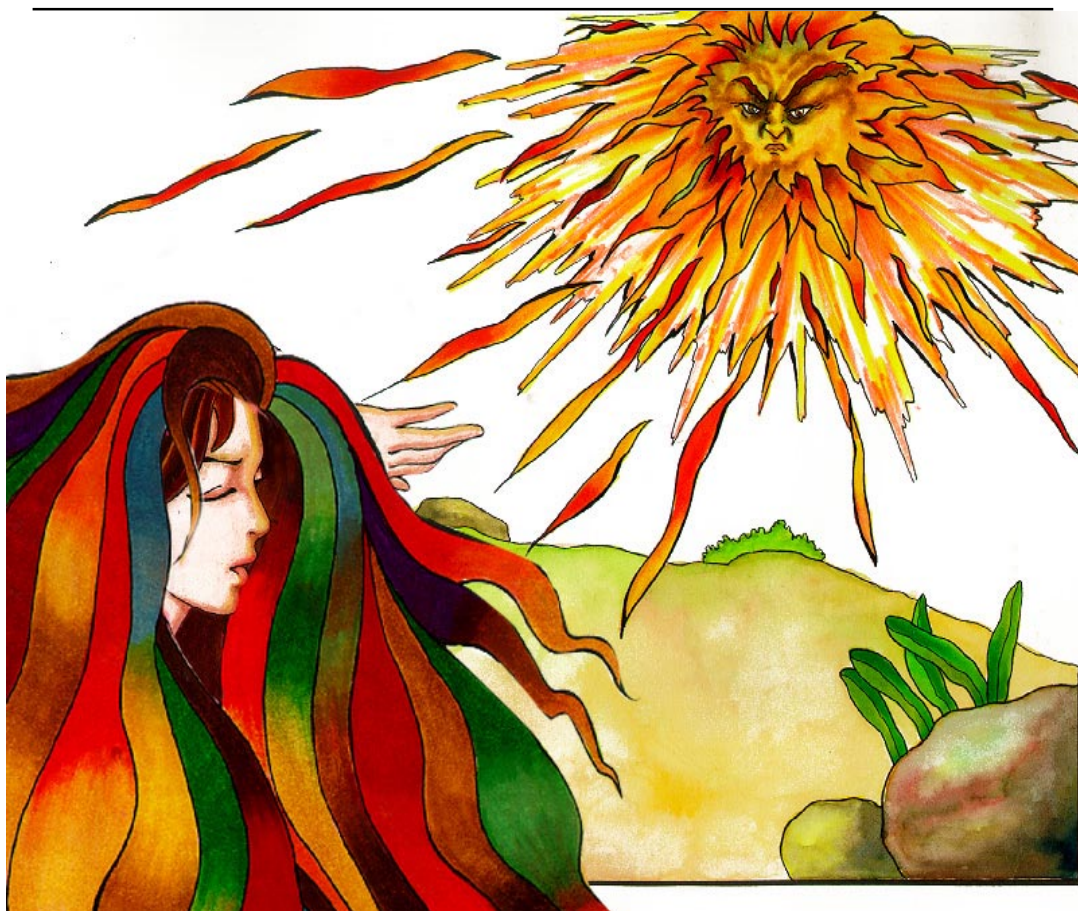
Primero envió Rayos Tibios de la Alborada que ágilmente lucharon contra Rocío y Escarcha hasta evaporarlos en un rastro de humo gris.

Después llegaron raudos, Rayos de Media Mañana. Lucharon con todo su calor, pero no pudieron pasar de las enredaderas.

Finalmente, descendieron Rayos de Pleno Mediodía, ardientes, verticales. Quemaron las piedras y marchitaron hiedras, pero la cueva se mantuvo oscura y cerrada.

El Sol, desahogado no aceptó esa derrota. Llamó a su hermano Viento y decidió alejarse.

Desenfrenado, Viento rompió el collar de nubes de la hermosa Montaña. Así desató a Lluvia, agua precipitada que suelta y jugueto-



na, dio muchísimas vueltas antes de regresar a su mullida casa de algodón.

Por horas, Viento y Lluvia azotaron a la Montaña. Quebraron cedros, robles, banos y caobos, sin contar limoncillos, aguacates y un manaclar de palmas. Los pinos destrozados cubrieron grandes zonas, pero la cueva permaneció oscura y cerrada.

Cuando Viento y Lluvia se marcharon vencidos, un llanto de riachuelos descendió incontenible. La Montaña lloraba sus árboles caídos.

Inesperadamente, una mujer de sombras, con piel hecha de sueños y los pies transparentes... con larga cabellera que el cuerpo le cubría, cual oscuro vestido, salió de la caverna. Lanzó un grito agudo como de ave triunfante. Calor, Lluvia y Viento había vencido, ¿donde estaba ese Sol presumido?.

El Sol que regresaba en ese mismo instante, clavó en la extraña sus pupilas de fuego. Ella corrió a ocultarse de nuevo en su refugio,



pero los pies de agua se enredaron en raíces salientes de un enorme caobo. Un crujir de huesos se escuchó en el silencio y luego, un grito de dolor brotó de su garganta... Años después lo llamaron «jupido».

Desesperada, cubrió de cabellera los tobillos heridos, para erigir enseguida la cabeza altiva y clavar desafiante sus pupilas de abismo en el Sol.

Valiente, el astro sostuvo la mirada, pero como lanzas de hielo penetraron en su candente cuerpo enigmas y misterios, y todas las preguntas que no tienen respuestas...

En eso, los colores se escaparon unidos. Azul, rojo, amarillo... dejaron el espacio a uno solo más fuerte que crecía incontenible amenazando al Sol.

Entonces la Montaña se removió, temblando desde la tierra llana, retorciendo su cumbre. Todos sus hijos verdes se estremecieron juntos y desencadenaron un poderoso alud. Entre lluvia de piedras y polvo de oro, el Sol se liberó.

Cegada para siempre, la ciguapa tambaleante, pero ya no podía darle a nadie la espalda. Sus pies se habían volteado negándole equilibrio. Tampoco supo nunca si entraba o si salía del refugio de piedra. Cayó en un precipio y su larga melena brillante de betún, iba cubriendo todo con su oscuro misterio: los árboles, las peñas, los ríos y sus orillas, bohíos y corrales, pueblos y valles... La Noche había nacido para oponerse al Sol.

Desde entonces, la claridad termina después de doce horas de cálido esplendor. El Sol besa la Montaña, la rodea de Arco Iris, de un infinito azul... después se va prudente dando paso a la Noche que oscura y silenciosa hace brillar estrellas en su enorme melena de carbón apagado.

A veces, en luna llena, la Montaña se apiada de la Noche Serena. La deja entrar con su tristeza a cuesta. Dicen que va derecho hasta el charco de plata que hay en su antigua casa y con polvo dorado se lava sus volteados pies.



La Trenza Misteriosa.

Todavía quedaban puñados de oscuridad cuando José se asomó a la puerta del bohío. Como cada día, madrugaba. En el interior del rancho, Idalia, su mujer, afanaba con los carbones, la cuaba y el anafe. Tan pronto como lo prendió, le puso un «biombo» de lata para dirigir el humo recto hacia el centro del alba.

Las sombras escapaban lentas como pedacitos de papel oscuro retenidos entre las piedras del río. Pero los rayos del sol se hicieron dueños del patio. Dejaron ver el techo de zinc y la casita de tablas de palma armoniosamente calvadas. Olía a hierba húmeda, a ilang-ilang y a café.

-Toma -dijo Idalia, pasándole el jarrito humeante.

-Yo quiero saber qué bestia me está desbaratando la cerca -y al decir esto echó mano del jarro sin mirar a su mujer.

-Eso son los perros de Florentino. Ya sabes que se meten de noche. Susto me llevo yo cuando veo esos tizones de ojos relumbrando en medio de lo oscuro.

-Los perros no son. Los perros no pueden ser -dijo José como para sí mismo.

Se tomó el café y caminó rumbo a la rancheta que estaba dentro del corral. Ahí reposaban su yegua y su vaca, las nobles bestias que les ayudaban a sostenerse. La voz de Idalia lo alcanzó:

-Te voy a poner los víveres, ¿oíste? -alzó la voz para internarse en su cocina, recogiendo el tarro de la sal volteado, pensando que el gato había vuelto a meterse por el hueco de la puerta.

El gallo subió a la cerca de un brinco y entonó de nuevo su canto sin error. La hierba húmeda se pegaba en el ruedo de los pantalones y en las botas de José, quien ya había llegado a la rancheta.

Quedó paralizado: las colas de su yegua Pichita y su vaca Blanquita estaban trenzadas en una crizneja perfecta que las unía fuerte-



mente. El pelo de los animales relucía. Ni una hebra fuera de lugar. ¡Hasta las crines de Pichita estaban graciosamente trenzadas!

-¡Idaliaaaaa! ¡Corre! -vociferó el hombre sin poder moverse.

-¡Idaaaaaliiiaa! -llamó de nuevo y no había terminado cuando ella apareció con el rostro desencajado, sospechando lo peor.

Con los ojos desorbitados, empezó a mirar mecánicamente, ora al marido, ora a las bestias de colas trenzadas, sin saber qué hacer ni qué decir.

-¿Pero quién habrá hecho esto? ¿Quién? -se podía notar en su voz un coraje que salía de saber quién, por burla o por maldad, habían penetrado en su tierra, había tocado a su yegua y a su vaca y se había ido como sombra en la noche, rompiéndole la cerca.

-Pero esa yegua no se deja tocá... -se atrevió a decir Idalia.

José sabía que Pichita pateaba a cualquier desconocido. Era tan arisca que por lo menos, debió haber escuchado sus relinchos, sus coces... ¿Quién o quiénes podían ser?. ¡Tenía que averiguarlo!

Idalia se puso a deshacer las trenzas. Cuando terminó, José se llevó las bestias río abajo, para dejar allá en el agua aquel misterio. En el camino había huellas de pies descalzos, grandes, pequeños... pero José no se dio cuenta.

Cavilando, cenó. Entruñado planeaba lo que haría cuando descubriera a ese sinvergüenza...

Idalia, por su parte, no decía nada. Ella también estaba intrigada. ¡Qué bien hechas estaban esas trenzas!.

José e Idalia se fueron a acostar, aparentando que no pensaban en nada.

A las tres de la madrugada, Idalia dormía profundamente. José se levantó sin hacer ruido. Se vistió y salió hacia el potrero. Pichita lo saludó con un suave relincho. Blanquita siguió rumiando. Allí, en un rincón oscuro, se puso a esperar que algo pasara, mirando de vez en cuando la insomne moneda de plata que alumbraba la noche tranquila.

Un ruidito lo sobresaltó. Los rayos de la luna entraban azulados. El hombre hacía grandes esfuerzos por descubrir algo. De repente,



una silueta lustrosa resplandeció en la oscuridad. Como si las estrellas le estuvieran prestando sus destellos, una figura de mujer creció en la noche. José vio su cabellera larga, las piernas y brazos moviéndose en la oscuro. Comenzó a acariciar a la yegua con una especial ternura. ¡José juraría que Pichita estaba sonriendo!

De pronto, la mujer elevó el rostro, como aspirando un perfume en el aire. La luna iluminó el perfil que se volvió resuelto hacia un rincón del potrero. Allí, oculta entre serones, una criatura pequeña, con la misma crizneja, larga, cuidadosamente tejida, la miraba, asustada. La grande la levantó y con ella abrazada, salió a internarse en la noche. La yegua y la vaca las despidieron con la mirada.

José, maravillado, se quedó mucho rato inmóvil mientras las ciguapas dejaban sus huellas de pies volteados sobre la tierra húmeda del patio.

* * *

Al amanecer, no hizo ni dijo nada, cuando Idalia se alarmó porque en su cocina faltaba toda la sal en grano. Clavó de nuevo la cerca y mirando las montañas, pensó que los sueños y la realidad terminan siendo la misma cosa.